

## En busca del poder mito poético del agua

Carolina Moreno Echeverry

De lo poco que se ha conservado de la obra de Píndaro, destaca el comienzo de una oda dedicada a enaltecer a Gerón, rey de Siracusa, por su victoria en la carrera ecuestre de la Olimpiada del 467 a. C. Píndaro inicia su canto realzando el triunfo olímpico respecto a los logros en otros juegos, a partir de una triple comparación entre el agua, el oro y el sol: el agua ocupa el primer lugar entre los cuatro elementos, el oro entre los metales, y el sol entre los astros:

Nada hay mejor que el agua: brilla el oro  
Como luciente llama en noche oscura  
Entre las joyas del real tesoro.  
¿No ves ¡oh Musa! En la celeste altura  
Que en medio al solitario firmamento  
Ninguna estrella como el sol fulgura?  
(Virgilio, Odas Olímpicas)

La oda de Píndaro da lugar, casi un siglo después, a las reflexiones de Platón en uno de sus diálogos: “Pues no hay que olvidar, Eutidemos, que lo que concede valor a las cosas es su rareza. Por ello lo más barato que hay es el agua, aunque ciertamente sea el primero de los bienes, como dice Píndaro” (Eutidemos: 209). Este tipo de

comparaciones da lugar a un elemento fundamental que caracteriza un acercamiento al estudio del agua: la dualidad de la materia.

Desde la Antigüedad, el agua se ha percibido como la materia cuyas cualidades son dignas de exaltación; hoy en día simplemente se reduce a la fórmula química del H<sub>2</sub>O —fluido de cuya purificación depende la supervivencia humana—; recurso escaso que ha perdido la capacidad de reflejar, tal como lo establece Gaston Bachelard, la “sonoridad de las aguas durmientes” (Illich, 2008: 345) que posibilitan la imaginación y la creación poética. Las voces de las aguas arquetípicas han quedado sepultadas por el ruido discordante del fluido que reverbera por las cañerías de las ciudades contemporáneas. El H<sub>2</sub>O que discurre por las tuberías no es agua sino una materia que la sociedad industrial ha creado; es un fluido que circula sin interrupción por las urbes para arrastrar las pestilencias y hedores, los excrementos y desechos.

Teniendo en cuenta que el espacio es una creación social, Iván Illich en su obra H<sub>2</sub>O y las aguas del olvido aborda la historicidad de la materia a partir de un concepto fundamental: el espacio de la morada. El morar implica habitar las huellas dejadas por el propio vivir; huellas con las cuales se rastrea las vidas de los ancestros. La morada da forma al tipo de espacio propio de una comunidad; conforma una cultura. En la época actual los ciudadanos hemos perdido la capacidad de dejar nuestras huellas en los espacios que ocupa-

mos, debido a que nos limitamos a usar o consumir nuestras viviendas; pasamos los días hablando por teléfono en nuestras oficinas y en las noches nos estacionamos al lado de los automóviles. La habilidad para morar es un privilegio de los marginados; las huellas que logran dejar en el curso de sus vidas se perciben como suciedad que hay que eliminar, como desgaste y deterioro que hay que reparar. En los llamados países en desarrollo, los pobres simplemente “viven sobre su propia mugre” (Illich, 2008: 349).

Pero esta suciedad que hoy en día se percibe como pestilencia, se relaciona también con el aura. Tanto los cuerpos vivos como los muertos poseen un aura; habita en un espacio determinado y permite al cuerpo ir más allá de los límites de su piel. El olor es una huella, es un registro, es una presencia que el morar deja en el ambiente. Por muy tenue o imperceptible que el aura de una persona pueda ser, la atmósfera de un espacio dado tiene su propio tipo de continuación, equiparable al estilo de construcción característico de una obra arquitectónica. Esta aura, cuando la nariz la descubre, manifiesta las propiedades no dimensionales de un espacio dado; así como los ojos divisan la altura y la profundidad y los pies calculan las distancias, la nariz descubre la cualidad de un espacio interior.

A partir siglo XIX se comenzó con la labor de higienizar las ciudades. El aura y su inevitable huella en las moradas comenzó a eliminarse. Posterior al despojo de los muertos de las iglesias y ciuda-

des, se empezó a desodorizar a los vivos, quitándoles su aura. Hoy en día las personas huelen de igual manera; más que poseer un aura propia, se reconocen por el jabón que usan, por el desodorante que impide los sudores, por el perfume de moda según la estación del año. Esta acción de limpiar el espacio urbano tiene como único propósito despejar el espacio de la ciudad. Podría comprenderse como la contención de las personas cuyos olores son percibidos como despreciables, que al fusionar sus auras aisladas, posibilitan una muchedumbre olorosa de gente común. Se demanda la limpieza del espacio urbano, se requieren espacios inocuos en los que no debe percibirse ninguna huella; la vivienda inevitablemente pasa de ser una morada a ser mercancía. Las personas aceptan ser dóciles y domesticados residentes dentro de guaridas que compran o arriendan; perdieron el aura que posibilitaba olfatear dónde se encontraban. Los ingenieros y arquitectos construyen espacios para residentes anónimos que no debe poseer ningún tipo de olor característico (Illich, 2008: 393-395).

Adicionalmente, el olor empezó a ser un distintivo de clase. Algunos científicos comenzaron a percibir que los pobres son aquellos que huelen con particular intensidad, y que además, son incapaces de distinguir su propia pestilencia. El desarrollo social llega a identificarse con la progresiva limpieza. Para cualquier persona es posible mejorar su clase social eliminando el olor corporal, cerciorándose de que ningún olor se perciba en el lugar que habita. Tal como lo esta-

blece Illich, “el agua se convirtió en el detergente de olor” (Illich, 2008: 401).

A través de la historia, el grado de contacto del agua con la piel humana ha variado de cultura en cultura. Hasta los años treinta del siglo XX, en muchas regiones de Francia e Inglaterra la piel de la mayoría de los niños se protegía cuidadosamente del agua y sólo se limpiaba con la saliva de sus madres. Sandor Marai describe en *Confesiones de un burgués* que durante su infancia existía la creencia de que lavarse o bañarse con mucha frecuencia podría ser dañino, dado que los niños podrían enfermarse. Para entonces, la bañera era un objeto decorativo que se usaba para preservar los trastos y que sólo recobraba su función original una vez al año en la época de San Silvestre. Los miembros de la burguesía de fines del siglo XIX sólo se bañaban cuando estaban enfermos o cuando iban a casarse. En el siglo XVIII, las personas se bañaban una sola vez en la vida, se empolvaban los cabellos en vez de lavarlos, y tenían que caminar dando saltos para no tropezarse con los excrementos esparcidos por las calles.

Anteriormente en Roma, magistrados especiales resolvían las quejas de los peatones ensuciados por el contenido de bacinillas arrojadas a las calles. Debido a que en las casas no había un lugar destinado para el desahogo corporal, la calle era el lugar apropiado para esparcir los desechos. En las ciudades medievales la limpieza

de los espacios públicos estaba a cargo de los cerdos. Sólo hasta el siglo XIX se dispusieron en Londres lugares para expulsar los desperdicios y se colocó un basurero honorario en cada barrio. Hasta 1885, las casas de gente acomodada en Londres solían tener un retrete, cuyo contenido se recogía cada semana; sin embargo, para la mayor parte de la población, la disposición de los desechos siguió siendo esporádica. A lo largo de la historia, las ciudades se han distinguido por ser olorosas.

Solamente hasta el siglo XIX el jabón llegó a relacionarse con el lavado del cuerpo. Paulatinamente, la educación ha determinado la nueva creencia del individualismo pulcro. Se espera que el nuevo individuo viva en un espacio sin cualidades, y que aprenda a sentirse avergonzado cuando se perciba su aura. De ahí que de la represión social del olor propicie inevitablemente los prejuicios sociales (Illich, 2008: 401-402).

Otro aspecto fundamental del espacio de la morada es el relacionado con los procedimientos rituales para representar socialmente el espacio que se habita. En la tradición clásica, el reconocimiento de un asentamiento urbano sólo se posibilita cuando el espacio ha sido reconocido ceremonialmente y se ha establecido la clara distinción entre el “adentro” y el “afuera”. La fundación de un pueblo comienza con la "visión" de su fundador en un sueño. Así por ejemplo, Heracles se le aparece a Myskelos en sueños y le ordena salir de su

casa; sin embargo, éste no obedece. Por segunda ocasión los dioses se le presentan en sueños; por no seguir los designios divinos Myskelos es arrestado y llevado a juicio. El veredicto se determina por la selección de piedras blancas (símbolo de la inocencia) y piedras negras (representación de la culpabilidad), las cuales son depositadas en una urna. Cuando el veredicto es sometido a votación, Myskelos es favorecido por las piedras blancas.

Myskelos se dirige entonces a una colina en la que están enterrados los huesos de los héroes de Crotón, signo donde los dioses le han indicado que estará el nuevo poblado. Ahora bien, para convertir el espacio en asentamiento, se requiere la intervención de un augur (vidente reconocido que tiene la capacidad de ver cuerpos celestes que son invisibles a los mortales) para crear socialmente el espacio descubierto por el fundador; práctica conocida como in-auguratio.

El augur proyecta el templun de la ciudad en el cielo. El templun es una forma poligonal que sólo es percibida por el augur mientras celebra la inauguración; pero tal acción de con-templatio puede estar respaldada por el vuelo de las aves, un camino de nubes, o por el hígado de un animal sacrificado. El contorno del templun sólo se determina sobre la tierra a menos que esté debidamente con-siderado, es decir, alineado con las estrellas. Mediante la consideratio se alinea los ejes del templun con la estrella de la ciudad. La inaugura-

ción del poblado concluye al nombrar aquellas partes de la ciudad que estarán a la derecha e izquierda, adelante y atrás; de esta forma se opera la de-signatio del lugar para un mundus, o boca del mundo subterráneo, la cual se abre cerca de la puerta focal (de fuego) de otro mundo, por donde las Erinias (personificaciones femeninas de la venganza) pueden salir a la superficie.

Para el trazado del espacio, el fundador utiliza dos bovinos blancos que son enganchados a un arado de bronce; la vaca en la parte interna lleva el arado en contra de las manecillas del reloj, y graba así el templun en el suelo. El surco crea un círculo sagrado; al igual que las paredes que se levantarán sobre él, el surco está bajo la protección de los dioses. Vulnerar ese surco es un sacrilegio. Para mantener este círculo abierto se levanta el arado cuando se llega a los puntos donde estarán las puertas de la ciudad. El que lleva el arado lo sujeta para crear una puerta. Sólo cuando el fundador ha arado el surcus primigenius alrededor del futuro perímetro del pueblo, su interior se vuelve espacio que puede pisarse. Al arar el surco alrededor del futuro pueblo el fundador hace habitable el espacio interno y excluye el espacio externo (Illich, 2008: 352).

En la Antigüedad la ciudad invisible era una realidad vigorosa. Cuando se inauguraba un espacio era imposible deshacerse de él. El espacio ideal de un pueblo no podía erradicarse; sobrevivía al arrasamiento de sus murallas y edificios y a la esclavización de sus ha-



bitantes. Así por ejemplo, Escipión, el general romano de la tercera Guerra Púnica que asoló a Cartago, con el hecho de invadir no destruyó del todo a la urbe. Hasta que removió la tierra con el arado no deshizo sus cimientos. El surco sagrado tenía que revertirse: aquellos terrones que en el ritual de la fundación se habían determinado cuidadosamente en el interior debían devolverse al exterior. Los antiguos creían en su poder para deshacer el espacio ritual; sabían que era una creación social. Hoy en día, los ingenieros y arquitectos sólo pueden condenarlo y enterrarlo bajo el concreto. Y conforme el mundo se pavimenta, el espacio de la morada se extingue. Sobrevive sólo en grietas y nichos. En la actualidad, se tiende hacia la construcción de espacios homogéneos y continuos en donde no existen un interior o exterior, ni derecha, ni izquierda, y en donde la gente es colocada y domiciliada, pero donde es imposible morar.

Hablar entonces de la capacidad de reflejar la “sonoridad de las aguas durmientes”, implica necesariamente la búsqueda del fluido que empapa los espacios del adentro y del afuera, los espacios del morar. Más que limpiar, acción que se limita a desprender la suciedad, la principal característica del agua es la de purificar. Empero, la purificación no siempre requiere agua, también puede usarse sangre, y otro tipo de procedimientos tales como los encantamientos, las procesiones ruidosas, la imposición de manos, los trances inducidos o los amuletos. Ahora bien, a la pureza que restaura o confiere el agua se le vincula una connotación particular de frescura o transpa-

rencia que transforma el fondo más profundo del ser, y por ello generalmente se le asocia al renacer.

En una misma ceremonia, el agua puede purificar y limpiar. En donde es más evidente es en el lavado de los muertos. El testimonio de esa costumbre está desde Homero, y ha permanecido hasta el siglo XX, como un rasgo común de los rituales funerarios. La ceremonia se realiza principalmente para librar al cadáver de un aura que se adhiere a él. Un aura que no debe ir con el muerto dentro de la tumba. Sólo los cadáveres lavados así no permanecerán pegados a su ambiente, no quedarán prisioneros de este mundo para rondar a los que aún están vivos.

Cuando el cuerpo ha sido lavado puede emprender el viaje. Los peregrinos cruzan el mismo paisaje funerario en su camino al más allá y la hidrología mítica en esa ruta es la misma: al final de su viaje llegan a un cuerpo de agua. Esa agua separa dos mundos: divide el presente del pasado en el que los muertos se mueven. Ese otro mundo no tiene un lugar fijo; puede estar situado bajo la tierra, en la cima de una montaña, en una isla, en el cielo o en una caverna. Sin embargo, este otro mundo es siempre un dominio establecido más allá de un cuerpo de agua. En algunas regiones se cruza esa agua en una barca; en otras es necesario nadar. Las lentas aguas fluyentes que el viajero cruza son en todas partes representativas de la co-

riente del olvido; el agua tiene el poder de despojar a aquellos que la cruzan de los recuerdos que los atan a la vida.

El agua purifica el cuerpo para el ingreso a lugares sagrados. Así por ejemplo en La Eneida, se usa el agua para ungir el cadáver de Miseno. La luz sobre el agua adquiere un brillo particular, otorga al cuerpo tal claridad que hasta las miradas que lo envuelven se tornan más límpidas. Previo al ingreso a los Campos Elíseos, Eneas rocía su cuerpo con agua viva. Cuando se reúne con Anquises, se detiene en una valle apartado y pregunta a su padre por el río que atraviesa el lugar; se inquieta por saber quiénes conforman la muchedumbre que espera en sus riberas. "A esto su padre Anquises: son las almas a que destina el hado a vivir otra vez en nuevos cuerpos. A orillas del Leteo están bebiendo el agua que libra de cuidados e infunde pleno olvido del pasado" (Libro VI, 712-715). En la obra de Virgilio, las almas beben las aguas del Leteo para, mediante el olvido de su existencia pasada, hacerse libres para renacer en un nuevo cuerpo.

El río Leteo suma los recuerdos, despoja de la memoria y arranca a los muertos aquellos hechos que le sobreviven. Lo que el río desprende de quienes lo cruzan no se destruye. Todas las aguas míticas alimentan una fuente que está situada al otro lado. Las corrientes llevan los recuerdos de los muertos, transformando a los seres desaparecidos en meras sombras. A este pozo del recuerdo, los griegos lo nombraron Mnemosine. En sus aguas los residuos de las aguas se

esparcen como las partículas de arena fina en el fondo de una fuente efervescente. De esta forma un mortal que ha sido ensalzado por los dioses puede acercarse a ese pozo y percibir a las musas cantar en sus varias voces “lo que es, lo que fue, y lo que será”. Bajo la protección de Mnemosine, si se bebe de sus aguas se poseerá memoria de los residuos que se han disipado en el tiempo. Tal como lo establece Illich:

Filón dice que ocupando el lugar de una sombra, el poeta recoge los hechos que un hombre muerto ha olvidado. De esta forma, el mundo de los vivos se nutre constantemente del flujo del regazo de Mnemosine a través del cual el agua de los sueños hace llegar a los vivos aquellos hechos que las sombras ya no necesitan (Illich, 2008: 370).

Mnemosine es la memoria primordial. Sus nuevas hijas, las Musas, presiden cada uno de los saberes humanos; son la suma de los conocimientos: elocuencia, persuasión, sabiduría, historia, matemática, arte, astronomía. Mnemosine es la titánica que representa el pensamiento en todas sus formas. Cuando el dios Hermes acompaña la canción de las Musas, su sonido conduce tanto a los poetas como a los dioses al manantial del recuerdo. Incluso los inmortales deben acudir a las aguas de su titánica madre si quieren recordar. La presencia de Mnemosine entre los titanes es fundamental para entender la historia del agua; supone la existencia de agua antes de que hubiese dioses; colocada entre los titanes, el agua que lava se convirtió en la fuente del recuerdo, el manantial de la cultura y adquirió los rasgos de una mujer.

Sin embargo, poco después los poetas ya no necesitaron de recuerdos de un más allá. Sus fuentes se congelaron en textos. El poeta sigue las líneas de un texto escrito; el río épico que alimenta su propia fuente ya se recuerda. Mnemosine se convirtió en un nombre técnico para designar la memoria, ahora imaginada como una página; la materia de la memoria pasa del agua a la vasija; el lenguaje escrito, que ha fijado las palabras en tabletas de arcilla, adquiere más autoridad que la revocación del fluido, habla viviente. Antes se conocían muchos tipos de escritura, pero todos eran como flechas que guiaban el flujo del hablar.

La idea de diseccionar y congelar la voz de las Musas debió haber sido profundamente ofensiva en la Antigüedad. Entre los dones que Prometeo trajo a la humanidad, estaba la combinación de las letras que posibilitaba el arte de las Musas, con la cual podría retenerse todas las cosas de la memoria. Prometeo fue castigado por Zeus por haber presumido de encerrar a las Musas en la escritura, pues impidió que sus hijas en el estanque de Mnemosine pudieran crear, y no limitarse solamente a dictar.

Durante el mismo período en que se reemplazó la memoria fluida por el almacén fijo de emisiones anteriores y se subrayó el carácter de agente unificador del agua, el espacio dentro de la ciudad también cambió. Las ciudades se volvieron dependientes del agua y a

ellas llegaba a través de acueductos que perforaban la muralla de la ciudad. Una de las glorias de Roma fue la ostentosa domesticación de Mnemosine por medio del entubado del agua de la ciudad. Los arquitectos de Roma, elegían un manantial en las montañas, canalizaban su flujo sin mezclarlo dentro de la urbe. Al convertir un manantial de la montaña en una fuente urbana, Roma rompió el círculo mágico que los fundadores habían arado alrededor del espacio de la ciudad; destruyó el espacio ancestral del morar.

La idea de que ahora damos por supuesta de que el agua traída a la ciudad debe abandonar ésta por sus cloacas es muy moderna; no se convirtió en una norma de diseño urbano hasta que la mayoría de las ciudades tuvieron estaciones de ferrocarril y sus calles comenzaron a ser iluminadas por gas. La concepción de que una materia está destinada a seguir circulando siempre de vuelta a su fuente era extraña. En 1842 Sir Edwin Chadwick expuso su informe sobre las condiciones sanitarias de la población trabajadora de la Gran Bretaña. En este documento Chadwick proyectaba la ciudad como un cuerpo social en el que el agua debía circular incansablemente; y que cuando está no cumpliera la función de desodorizar abandonaría la urbe como aguas negras. El fluido debía circular sin ningún tipo de interrupción para dejar que la ciudad se deshiciera de sus excrementos y desechos. Cuanto más potente fuera este recurso, menos rincones sucios y enlodados que propicien la pestilencia habría, y de esta

forma la urbe sería aún más sana y limpia. Chadwick rediseñó el espacio urbano al descubrir su necesidad de ser lavado.

La razón para higienizar permanentemente las ciudades no es por lo visualmente desagradable de los desechos, o por los residuos que hacen que la gente se resbale en la calle, sino por los malos olores y sus respectivos peligros. Inesperadamente la ciudad se percibe como un espacio de olor contaminante; aparece entonces en la historia la utopía de la ciudad inodora. Esta hostilidad a una característica tradicional del espacio urbano puede relacionarse con la saturación de olores, más que a una mutación de la percepción olfativa. Actualmente, muchos lugares huelen parecido; las basuras, las alcantarillas, los alimentos de consumo rápido se funden con el creciente smog de las grandes urbes; es el olor característico del desarrollo.

Concluiré este pequeño paseo por la historia de la materia, de la mano de Illich, con una imagen más alegre. La encontramos en un poema de Conrad Ferdinand Meyer, que no atenúa sino que refuerza la evocación de una amada muerta bebiendo del Leteo, porque también el olvido establece un pacto entre los amantes:

Te tocaba a ti beber,  
y alzaste el cuenco lleno,  
y dijiste con guiño familiar  
¡Corazón, bebo el olvido!  
(Gedichte, 2012)

Las aguas del río Leteo pueden ser, tal como Goethe determina, un vivificador rocío, una etérea corriente que empapa refrescante la vida entera. En una carta de sus últimos años, Goethe comenta: “He sabido apreciar, utilizar e intensificar desde siempre esta gracia del olvido” (Weinrich, 1999: 27). He aquí entonces una invitación para evocar más que al H<sub>2</sub>O, materia que la sociedad industrial ha creado, a las voces de las aguas arquetípicas que posibilitan la imaginación y la creación.

#### Bibliografía

- Ferdinand Meyer, Conrad (2012), *Gedichte, Deutschland*: Jazzybee Verlag.
- Illich, Iván (2008), “H<sub>2</sub>O y las aguas del olvido”, *Obras reunidas II*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Marai, Sandor (2004), *Confesiones de un burgués*, Barcelona: Salamandra.
- Píndaro (1883), *Odas Olímpicas*, traducción Ignacio Montes de Oca, Madrid: L. Navarro. Disponible en: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080018724/1080018724.html>
- Platón (1968), “Eutidemos”, *Diálogos II*, traducción de Juan B. Bergua, Madrid: Ediciones Ibéricas, pp. 183-243.
- Virgilio (1995), *La Eneida*, Madrid: Planeta De Agostini.
- Weinrich, Harald (1999), *Arte y crítica del olvido*, Madrid: Siruela.